





Licia Troisi (1980) es astrofísica. *Nihal de la tierra del viento* (2004) es su primera novela, y la primera de la saga de Crónicas del Mundo Emergido.

Licia **TROISI**

Nihal de la Tierra del Viento
Crónicas del Mundo Emergido I



Título: *Cronache del Mondo Emerso*
1- Nihal della Terra del Vento

- © 2004, Licia Troisi
- © 2006 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.
Rosas de Aravaca, 31. 28023 Madrid
- © 2006 de la traducción: Nuria Martínez Deaño

- © Ilustración de cubierta: Paolo Barbieri

Diseño de cubierta: Nadia Morelli
Diseño de colección: Manuel Estrada
Realización: MD editora

ISBN 13: 978-84-89624-01-6
ISBN 10: 84-89624-01-1
Depósito Legal xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx
Impreso en Artes Gráficas Palermo, S.L.

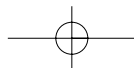
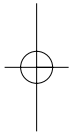
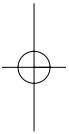
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es
www.kailas.es

Licia TROISI _____

Nihal de la Tierra del Viento
Crónicas del Mundo Emergido I

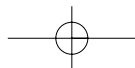
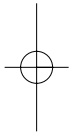
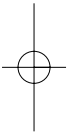
Traducción de Nuria Martínez Deaño



Índice

| | | |
|-------|-------------------------------------|-----|
| I. | Salazar | 11 |
| II. | Sennar | 25 |
| III. | Soana | 35 |
| IV. | La gran floresta | 45 |
| V. | Sueños, visiones y espadas | 55 |
| VI. | El Caballero de Dragón | 71 |
| VII. | En la Tierra del Agua | 79 |
| VIII. | El final de una fábula | 93 |
| IX. | La verdad | 107 |
| X. | En fuga | 115 |
| XI. | La decisión de Nihal | 129 |
| XII. | Diez guerreros | 141 |
| XIII. | La academia de los caballeros | 155 |
| XIV. | La recluta Nihal | 169 |
| XV. | Por fin en la batalla | 187 |
| XVI. | Un nuevo dolor | 209 |
| XVII. | Ido | 231 |

| | |
|------------------------------------|-----|
| XVIII. El dragón | 251 |
| XIX. Lecciones de vuelo | 269 |
| XX. Una decisión precipitada | 285 |
| XXI. Una nueva familia | 309 |
| XXII. Adiós | 327 |



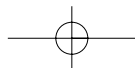
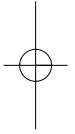
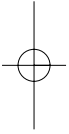
UNA NIÑA

[...] es el país más pequeño y lejano del Mundo Emergido. Situado al oeste, por un extremo lo delimita el Saar, el Gran Río, y por el otro lo amenaza la Gran Tierra. No hay en ella un solo punto desde el que no se vea la altísima torre de la Fortaleza, morada del Tirano. Ésta se cierne como una oscura amenaza sobre la vida de todos los habitantes de la zona. Le recuerda a cada uno de ellos que no hay lugar que el Tirano no pueda alcanzar. Aun así, el reino sigue siendo parcialmente libre.

Informe anual del Consejo de los Magos
(fragmento)

La Tierra del Viento se caracteriza por la peculiar arquitectura de sus ciudades, construidas como inmensas torres, altamente organizadas y en su mayoría autosuficientes. Cada una de las partes de los conglomerados urbanos se destina a una actividad concreta. El núcleo de cada torre está constituido por una vasta zona central abierta y cultivada. La ciudad-torre de Salazar es el último destacamento de la Tierra del Viento antes de la Floresta, el imponente bosque que marca la frontera con la Tierra de las Rocas [...]

Anónimo de la Biblioteca perdida de la ciudad de Enawar
(fragmento)



I

Salazar

El sol inundaba la llanura. Era un otoño particularmente clemente: la hierba seguía siendo de un verde vivo y ondeaba contra los muros de la ciudad como un mar en bonanza.

Sobre la terraza, en la cima de la torre, Nihal disfrutaba del viento matutino. Era el sitio más alto de toda Salazar: ofrecía la mejor vista de la llanura, que se extendía leguas y leguas hasta perderse de vista. La ciudad se levantaba imponente sobre aquella extensión inmensa, con sus cincuenta plantas de casas, lonjas y establos. Una única e inmensa torre que contenía una pequeña metrópoli de quince mil personas, apiñadas en sus mil doscientos brazos de altura.

A Nihal le gustaba estar sola allí arriba, con la brisa desordenando su larguísima melena. Se sentaba encima de las piedras con las piernas cruzadas, los ojos cerrados y la espada de madera apoyada en el costado, como los auténticos guerreros. Cuando estaba allí arriba se sentía como pacificada. Podía concentrarse sólo en ella misma, en sus pensamientos más recónditos, en aquella vaga melancolía que algunas veces la embargaba, en el murmullo pausado que de vez en cuando salía del fondo de su alma.

Pero aquél no era uno de esos días. Era un día de batalla, y Nihal contemplaba la llanura como un general deseoso de batirse.

Eran una decena, chavales de diez años para arriba. Todos chicos, y ella chica. Todos sentados, y ella de pie entre ellos. La jefa: una niña enclenque y espigada, con unos vivaces ojos morados, el pelo largo y sedoso de un azul brillante y unas desproporcionadas orejas puntiagudas. Viéndola, nadie diría que fuera fuerte, pero los otros niños pendían de sus labios.

—Hoy se lucha por las casas abandonadas. Los fammin están todos ahí, mangoneando. No saben de nuestra existencia y no se esperan nuestra llegada: los cogeremos por sorpresa y los echaremos con la fuerza de nuestras espadas.

Los niños escuchaban con atención.

—¿El plan? —preguntó el más regordete.

—Bajaremos en un grupo compacto hasta la planta que está encima de las lonjas, después acortaremos por los conductos de manutención de detrás de los muros; desde ahí saldremos directamente a su escondite. Los pillaremos desprevenidos: si conseguimos que no nos oigan será un juego de niños. Yo iré a la cabeza del grupo; detrás de mí, la brigada de ataque —un par de niños asintieron seguros—. Después los arqueros —tres chiquillos con las hondas en la mano hicieron un gesto de estar de acuerdo—. Y para terminar, los infantes. ¿Estáis listos?

Un coro de síes resonó entusiasta.

—¡Entonces, vamos!

Nihal alzó la espada y se metió por la trampilla que conducía a la torre, seguida del resto de la banda.

Los niños marchaban todos a una por los pasillos que recorrían el cerco interno de Salazar, entre las miradas divertidas —aunque la mayoría eran de enfado— de los habitantes de la ciudad, quienes conocían muy bien las épicas batallas de Nihal y los suyos.

—Buenos días, General.

Nihal se giró. Quien hablaba era un ser poco más o menos de su misma estatura, más bien regordete, con el rostro enteramente cubierto por una espesa barba. Un gnomo. Se presentó con una cómica reverencia.

Nihal ordenó a los suyos que se detuvieran y se inclinó a su vez.

—Lo mismo digo, buenos días.

—¿También hoy a la caza de enemigos?

—Como siempre. Hoy tenemos que echar a los fammin de la Torre.

—Ya, como siempre... Pero, si yo estuviese en tu lugar, con los tiempos que corren, no pronunciaría ese nombre tan a la ligera. Ni siquiera jugando.

—¡Nosotros no tenemos miedo! —gritó un niño desde el fondo.

—Eso, no tenemos miedo —Nihal sonrió insolente—. ¿Y, además, de qué te preocupas? Los fammin le caen mal a todo el mundo, y de todas formas la Tierra del Viento todavía es libre.

—Haz lo que quieras, General —el gnomo se echó a reír y le guiñó un ojo—. Buena batalla.

Atravesaron uno a uno los distintos niveles de la torre, con paso rítmico, formados como verdaderos soldados. Pasaron por delante de casas y de lonjas, entre el caos de razas y lenguas de la gente de Salazar, dando vueltas por los pasillos de cada planta; el sol los acariciaba a intervalos regulares desde las ventanas que se abrían al huerto central. Todas las torres de la Tierra del Viento estaban dotadas de un profundo pozo central que cumplía una doble función: iluminar mejor los espacios de la ciudad y albergar una pequeña zona cultivada, ocupada por abundantes huertos y algún que otro frutal.

Nihal, segura de sí, se metió por un callejón lateral y abrió una puerta vieja y enmohecida. Detrás reinaba la más profunda oscuridad.

—Hemos llegado —la niña adoptó una actitud solemne—. De ahora en adelante ningún miedo, como siempre. Nuestro alto deber no nos permite flaquezas.

Los demás asintieron serios, y después entraron arrastrándose por el túnel. No se veía nada. Incluso el aire era espeso y denso, saturado por el olor a cerrado. Pasados unos instantes, los ojos se acostumbraron a la oscuridad y consiguieron distinguir la escalera de peldaños húmedos y sueltos que se sumergía en las tinieblas.

—¿No irá a pasar alguien hoy por aquí? He oído decir que las murallas occidentales tienen grietas que hay que reparar... —dijo un niño.

—Ya han pasado —respondió Nihal—. Un buen comandante también prevé eso. ¡Basta de charla, a lo nuestro!

Sus pasos continuaron resonando dentro del subterráneo un rato más, mezclándose con las voces del otro lado del muro. Luego, después de la enésima vuelta, silencio.

—Hemos llegado —susurró Nihal con la respiración entrecortada. Le pasaba siempre lo mismo, justo antes del ataque: el corazón le latía con fuerza en el pecho, la sangre se le agolpaba en las sienes. Le gustaba aquella mezcla de miedo y deseo de batirse. Sus dedos palparon el muro buscando una puerta de madera. Apoyó la oreja contra la pared. Las grandes piedras rectangulares eran gruesas, pero aun así conseguía oír las voces de los niños al otro lado.

—Siempre nos toca a nosotros. Yo ya me he cansado de hacer de fammin.

—¡A mí me lo vas a decir! La otra vez Nihal me hizo papilla.

—A mí me rompió un diente...

—Cuando el jefe era Barod por lo menos nos turnábamos.

—Puede que sí, pero yo con Nihal me divierto mucho más. ¡Jo, cuando combatimos parece de verdad! Siento como una cosa dentro... ¡como si fuéramos soldados!

—De todas formas, ella es la más fuerte; es justo que mande.

Nihal apartó la oreja de la pared y desenvainó en silencio su arma. Un instante más de espera y después, con una patada, echó la puerta abajo y ella y los suyos irrumpieron gritando.

La habitación era amplia y estaba llena de polvo, grandes telarañas colgaban como cortinas de las ventanas. Una casa de ricos abandonada, como todas las viviendas de aquella planta. Seis niños estaban sentados en el suelo, con hachas de madera en la mano. A pesar de haber sido cogidos por sorpresa, se levantaron de un salto y comenzó la batalla.

Nihal parecía una furia: se lanzaba con violencia sobre sus enemigos, con la espada moviéndose de un lado para otro como enloquecida. En el ardor del combate, los contendientes fueron pasando de habitación en habitación, recorriendo toda la vivienda, hasta llegar al pasillo exterior.

Los niños de las hachas llevaban claramente las de perder. Comenzaron a oírse los «¡ay!» de quien recibía un golpe demasiado fuerte.

—¡Retirada! —gritó el jefe de los fammin. Los que todavía estaban en pie echaron a correr hacia las escaleras.

—¡Sigámosles! —gritó Nihal, lanzándose detrás de los fugitivos.

—¡Para abajo, por las lonjas, no, Nihal! —le dijo uno de los suyos agarrándola del brazo—. Si mi padre me pesca otra vez ahí abajo armando lío, me muele a palos.

—No vamos a hacer nada, los seguiremos y después acortaremos por los campos centrales —dijo Nihal, librándose de él.

—Sí, de la sartén al fuego... —murmuró para sí el niño, pero no pudo hacer otra cosa que seguir a su capitán.

Todos se precipitaron hacia abajo por las escaleras y después siguieron, llenos de excitación empuñando las armas, hacia la planta de las lonjas. Muchas tiendas sólo daban a la calle por la puerta de entrada y un pequeño escaparate, pero otras, sobre todo las de verduras y fruta, ocupaban parte del pasillo con tenderetes y cestas. En el ímpetu de la carrera los niños chocaron contra uno de aquellos tenderetes, llevándose por delante a unos cuantos clientes desprevenidos.

—¡Malditos descerebrados! —gritó el frutero fuera de sí—. ¡Nihal! ¡Esta vez tu padre me va a oír!

Pero Nihal continuó persiguiendo a los fugitivos. Mientras corría empuñando la espada se sentía viva y fuerte. Varios de los suyos ya habían capturado a los fammin. Faltaba atrapar a su jefe.

—¡De él me ocupo yo! —gritó a su ejército, y a continuación pidió un esfuerzo suplementario a sus piernas. Aceleró y salió pisándole los talones a su enemigo. El niño casi podía sentir el aliento de Nihal en la nuca. Se precipitó por las escaleras, pero cayó desastrosamente dos pisos más abajo. Se levantó dolorido, confirmó que estaba en la planta que quería y saltó por la ventana.

Nihal se asomó: habían bajado tanto que debajo de ellos no quedaban más que los establos. A los pies de la ventana, justo en pleno centro de uno de los huertos del jardín central de la torre, estaba su presa agazapada. Saltó sin miedo, aterrizó de pie y se lanzó con la espada hacia su adversario, que ya tenía las manos en alto.

—Me rindo —dijo con la respiración entrecortada.

—Enhorabuena, Barod. ¡Te veo muy rápido! —dijo Nihal acercándose.

—Sí, claro. Contigo pegada al culo...

—¿Te has hecho daño?

—Yo no soy tan ágil como tú saltando —respondió Barod, mirándose las rodillas peladas—. De todas formas, la próxima vez le dices a otro que haga de jefe de los fammin, yo estoy hartos: me has hecho más moretones que...

La carcajada de Nihal fue bruscamente interrumpida por una voz enfurecida.

—¡Tú otra vez! ¡Estoy hasta las mismísimas narices, condenados!

—¡Oh, oh! ¡Baar! —dijo Nihal preocupada. Ayudó a Barod a levantarse y echaron a correr entre los cogollos de lechuga.

—¡Es inútil que escapéis, sé quiénes sois! —seguía gritando la voz.

—Escucha, vete a casa. Yo me encargo de él —le dijo Nihal a su amigo, cuando llegaron al final del huerto.

Barod no se lo hizo repetir.

Nihal, por su parte, preparó su mejor cara de circunstancias y esperó la llegada del campesino, un viejecito desdentado cuya ira era tan incontenible que se le salía por cada arruga del rostro.

—¡Ya le dije a tu padre que si te volvía a pescar aquí dentro me tendría que pagar todos los destrozos! Hoy, tres cogollos de lechuga a la basura, ayer los calabacines... ¡Por no hablar de todas las manzanas que me has robado!

—¡Esta vez soy inocente, Baar! —Nihal se mostró compungida—. Es que mi amigo se ha caído desde esa ventana de ahí arriba, ¿la ves? Yo sólo he bajado para ayudarlo.

—¡Llevamos años con tus amigos cayéndose en mi huerto y tú que vienes a ayudarlos! ¡Si tenéis los pies de mantequilla, alejaos de las ventanas!

—Tienes razón, perdóname —Nihal asintió, mostrándose disgustada—. No volverá a suceder.

Después miró a Baar con una expresión tan angelical que el campesino entró al trapo.

—Venga, vale, desaparece. Pero dile a Livon que esto le costará otra limadura a mis podaderas.

—Eso está hecho.

La niña lanzó un beso al aire y se fue corriendo lo más deprisa que pudo.

Livon vivía en las plantas destinadas a las lonjas, justo encima de los establos y de la entrada a Salazar, una pesada puerta de madera de dos batientes, con grandes tachones de hierro a los lados y amplias bisagras, de más de diez brazos de altura. La madera gastada aún mostraba restos de dos bajorrelieves esculpidos en un pasado lejano. Las figuras eran más bien confusas y, aparte de unos cuantos caballeros y algún que otro dragón, no se podía distinguir nada más.

Como para muchos comerciantes, también en el caso de Livon coincidían en el mismo espacio casa y taller: así se ahorraban tiempo y dinero en eventuales alquileres. El único inconveniente era un

poco de desorden, acentuado por la ausencia de una presencia femenina digna de ese nombre. Además, era armero: la casa estaba llena a reborar de herramientas, armas, bloques de metal y trozos de carbón.

Nihal abrió la puerta de par en par.

—¡Ya he vuelto! —anunció alzando la voz—. ¡Y vengo con hambre!

El estruendo se comió sus palabras. En una esquina, Livon batía un grueso martillo contra un trozo de metal incandescente, mientras miles de chispas escapaban del acero, cayendo en cascada al suelo. Era un hombretón cubierto de hollín, con una melena de pelo negro azabache. Tan solo los ojos relucían en ese rostro que parecía un trozo de carbón.

—¡Viejo! —gritó Nihal con todo el aire que tenía en los pulmones.

—Ah, eres tú... —dijo Livon limpiándose el sudor de la frente—. Visto que no llegabas me he puesto a terminar un trabajo para mañana.

—¿Quieres decir que no has preparado nada?

—¿No habíamos quedado en que una vez a la semana te tocaba cocinar a ti?

—Sí, pero... ¡estoy tan cansada!

—Espera, espera. No me digas nada. Juraría que como siempre has estado jugando con esos condenados.

Silencio.

—Y como siempre en la planta de las casas abandonadas.

Seguía el silencio.

—Y quizás habéis acabado por enésima vez en el campo de Baar...

El silencio se volvió culpable. Nihal abrió la despensa y cogió una manzana.

—De todas formas no te preocupes. Me como esto —dijo dando un brinco y alejándose de la vista de Livon.

—¡Caray, Nihal! ¿Cuántas veces te he dicho que no juegues en los huertos centrales? ¡Esto es un continuo ir y venir de gente que llega quejándose y pidiendo un arreglo gratis!

—Es que cuando se combate... —Nihal se sentó con aspecto compungido.

—¡No me vengas con esas tonterías! —Livon suspiró impaciente, y se puso a cortar un poco de verdura que había sacado de la despensa—. Si quieres jugar, juega. ¡Pero no molestes a nadie!

Nihal alzó la vista al cielo: siempre las mismas historias...

—No me eches el rollo, Viejo...

—¿Y llamarme papá de vez en cuando, qué tal? —le preguntó Livon con una mirada de pocos amigos.

—¡Venga ya, papá! —Nihal le dedicó una sonrisa maliciosa—. Si además sé que te alegras de que sea buena con la espada...

Livon le puso delante con rudeza un plato de verduras crudas.

—¿Eso es la comida?

—Esto es lo que comen las señoritas que se empeñan en hacerse los machotes. Si hubieras respetado los pactos y hubieras cocinado tú, comeríamos algo caliente.

Se sentó y comenzó a comer él también. Durante un rato estuvo rumiando sus pensamientos, después retomó la palabra.

—¡De todas formas no es que no me alegre!

Nihal se rió para sus adentros. Livon resistió unos instantes más, después también él se echó a reír.

—¡Bueno, vale! Tienes razón. Yo te adoro como eres, pero los demás... tienes trece años y... ¡en fin, las mujeres tienen que casarse tarde o temprano!

—¿Y eso quién lo ha dicho? Yo no pienso ni por asomo encerrarme en casa a hacer calceta. ¡Yo quiero ser un guerrero!

—No existen guerreros mujeres —dijo Livon, pero su voz traicionaba un orgullo mal disimulado.

—Lo que quiere decir que seré la primera.

Livon sonrió y con una mano revolvió el pelo de su hija.

—¡Eres verdaderamente tremenda! Lo único que a veces pienso que te habría hecho falta una madre...

—No es culpa tuya si mamá está muerta —dijo Nihal como si tal cosa.

—No —dijo Livon poniéndose rojo—, no.

Sobre la mujer de Livon planeaba el más oscuro de los misterios. Nihal pronto se dio cuenta de que todos en Salazar tenían un papá y una mamá y ella en cambio sólo tenía papá. Cuando aún era muy pequeña, empezó a hacer preguntas a las que Livon siempre había dado respuestas vagas y confusas. Su madre estaba muerta, no venía a cuento saber cómo ni cuándo. ¿Pero cómo era? Guapa. Sí, ¿pero cómo? Como tú, ojos de color morado y pelo azul. Cada vez que se sacaba el tema, Livon se venía abajo y con el tiempo Nihal había aprendido a evitarlo.

—Siempre me has dicho que querías que me convirtiera en una persona fuerte, que siguiera mis deseos... Y yo intento hacerlo.

Con su hija, Livon tenía un corazón tierno: ante esas palabras los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ven aquí —dijo, y la abrazó estrechándola hasta hacerle daño.

—Me ahogas, Viejo...

Nihal intentó liberarse, pero en realidad disfrutaba de aquel abrazo más de lo que quería demostrar.

Por la tarde se entregaron a su ocupación habitual: forjar armas.

Livon no sólo era el mejor armero del mundo conocido y probablemente del desconocido: era un artista. Sus espadas eran armas increíbles, de una belleza tan fulgurante que cortaba la respiración, armas que sabían adaptarse al propietario y exaltar sus capacidades.

Fabricaba lanzas puntiagudas como aguijones y cortantes como cuchillas, decoradas con sinuosos adornos que no cargaban el estilo como inútiles oropeles, sino que exaltaban el diseño. Livon era capaz de aunar la máxima funcionalidad con el esplendor de la elegancia. Trataba a las armas como a hijos, las consideraba sus criaturas y como a tales las amaba. Adoraba aquel trabajo porque le permitía expresar su talento creativo, que parecía inagotable, y al

mismo tiempo le exaltaba porque también le permitía poner a prueba sus capacidades técnicas.

Cada nueva arma era un desafío a su pericia de artesano, de ahí que de vez en cuando probara atrevidos experimentos, utilizara nuevos materiales, buscara formas cada vez más complejas y las mezclara con soluciones técnicas cada vez más complicadas.

La fama de Livon era tan grande que nunca le faltaba trabajo, y desde siempre, un poco por necesidad, un poco por puro placer, Nihal le ayudaba. Y mientras ella le pasaba el mazo o accionaba el fuelle, él le regalaba perlas de la sabiduría de los guerreros.

—Un arma no es sólo un objeto: para un guerrero la espada es como un brazo o una pierna, una compañera fiel e inseparable. Es su espada, y no la cambiaría por ninguna otra espada del mundo. Y para un armero es como un hijo: al igual que la naturaleza da vida a las criaturas de este mundo, así el armero forja la hoja con el fuego y el hierro —decía Livon, y cerraba la frase con una estruendosa carcajada.

Por lo tanto, no había de qué maravillarse ante el hecho de que, con un padre que vivía para las espadas y que tenía entre sus clientes a soldados, caballeros y aventureros, Nihal hubiera crecido tan rebelde y poco femenina.

Estaban trabajando en una espada cuando Nihal sacó un viejo asunto.

—¿Viejo?

—Mmm...

Livon abatió el mazo sobre la hoja.

—Quería preguntarte...

Otro golpe.

—¿Cuándo me vas a dar una espada de verdad? —Nihal había adoptado una actitud inocente y distraída.

El mazo de Livon se quedó parado a mitad de camino en el aire. Un suspiro, después el hombretón volvió a golpear el acero.

—Ten sujeta esa pinza.

—No cambies de tema —insistió Nihal.

—Eres demasiado pequeña.

—¿Ah, sí? ¡Pero no soy demasiado pequeña para buscarme marido!

—Nihal, ya hemos hablado de eso. —Livon soltó el mazo y se dejó caer sobre una silla, resignado—. Una espada no es un juguete.

—Eso lo sé de sobra, y también sé cómo se usa, ¡mucho mejor que todos los chicos de esta ciudad!

Livon suspiró. Había pensado muchas veces regalarle a Nihal una de sus espadas, pero el temor a que pudiera hacerse daño siempre le había frenado. Por otro lado, se daba cuenta de que Nihal hacía prodigios con su espada de madera y de que más de una vez había tenido en la mano espadas de verdad, demostrando conocer bien tanto los riesgos como las potencialidades.

Nihal vio que su padre estaba indeciso y volvió a la carga.

—¿Entonces, Viejo? ¿Qué?

—Veamos —dijo Livon sibilino, mirando a su alrededor. Se levantó y fue hacia los estantes donde guardaba sus trabajos más logrados, aquellos que realizaba sin encargo, sólo para él. Cogió un puñal y se lo enseñó a Nihal—: Éste lo he hecho hace un par de meses...

Era un arma muy bella: la empuñadura estaba forjada formando el tronco de un árbol, con las raíces en un extremo y dos ramas retorcidas que salían del extremo opuesto ensanchándose hacia el exterior. El resto del follaje se enredaba a lo largo de la empuñadura hasta fundirse en la hoja.

—¿Es mío? —preguntó Nihal, a quien le brillaban los ojos.

—Si me vences, es tuyo. Pero si gano yo, tú cocinas y recoges durante un mes.

—¡Vale! Pero tú eres mayor y grande, yo en cambio todavía soy una niña, ¿no? ¡Tú lo dices siempre! Así que para estar igualados tendrás que quedarte en el espacio que ocupan tres ejes del suelo.

—Me parece legítimo —Livon se echó a reír.

—Entonces, dame una espada —dijo Nihal, que ya estaba excitada por poder echar mano del acero.

—¡Ni hablar! Yo también uso la madera.

Se pusieron los dos en el centro de la sala, Nihal empuñando su espada de madera y Livon con un bastón.

—¿Preparada?

—¡Por supuesto!

Comenzó el desafío.

Nihal no estaba dotada de una gran resistencia, y su técnica estaba muy lejos de ser impecable, pero suplía las lagunas con el instinto y la fantasía. Paraba y esquivaba cada asalto, elegía los tiempos adecuados para el ataque y saltaba a derecha e izquierda con gran agilidad. Su ventaja residía en eso, y ella lo sabía.

De repente, Livon se sintió orgulloso de ese machote de trenzas azules. La vara de madera se le escapó de la mano, y cayó encima de un grupo de lanzas que se apoyaban en una esquina.

Nihal apuntó con su arma a la garganta de su padre.

—¿Qué haces, Viejo? ¿Flaqueas en lo elemental? Dejarse desarmar de esa manera por una niña...

Livon apartó la espada de madera, cogió el puñal y se lo entregó a su hija.

—Toma, te lo has merecido.

Nihal estuvo un buen rato dando vueltas al puñal entre sus manos, sopesándolo y probando el filo sobre su dedo, ocultando que estaba loca de alegría. ¡Su primer arma!

—Pero acuérdate: nunca te hagas la bravucona con el enemigo vencido. Es de pésimo gusto.

Nihal miró a su padre con una mirada astuta.

—Gracias, Viejo.

Ya estaba lo bastante espabilada como para darse cuenta de cuándo la dejaban ganar.